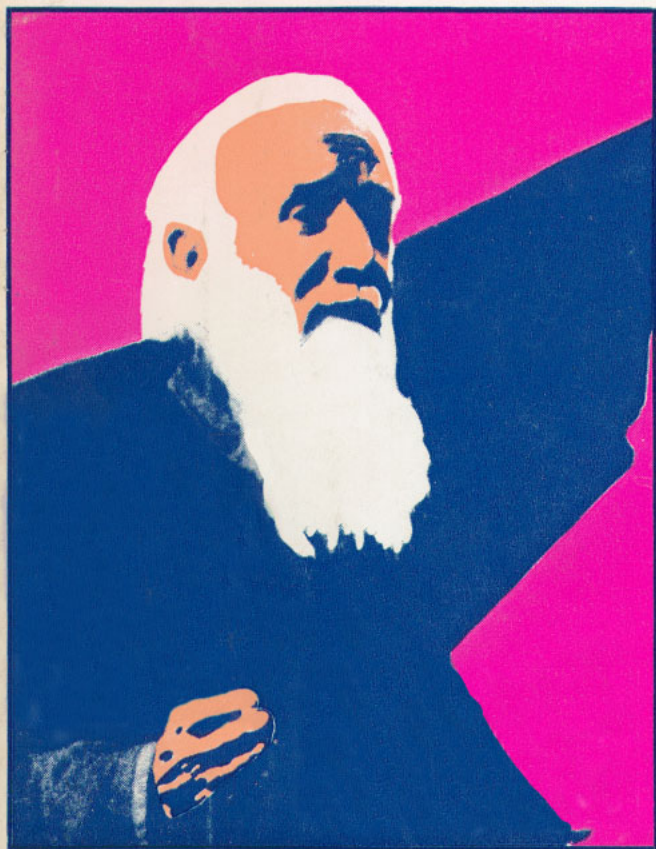


CLOTARIO BLEST

TESTIGO DE LA JUSTICIA DE CRISTO PARA LOS POBRES



MAXIMILIANO
SALINAS C.

77

SERIE HEROES DE
NUESTRO TIEMPO

EDITORIAL
SALESIANA

77

SERIE HEROES DE
NUESTRO TIEMPO

CLOTARIO BLEST
TESTIGO DE LA JUSTICIA DE CRISTO
PARA LOS POBRES

MAXIMILIANO SALINAS C.

EDITORIAL SALESIANA

CLOTARIO BLEST

*Testigo de la justicia de Cristo
para los pobres*

Maximiliano Salinas Campos

Derechos reservados
Inscripción N° 78.680

Primera edición
Abril de 1991

Con las debidas licencias

Editorial Salesiana
Erasmus Escala 2334
Santiago de Chile
Chile

Impresor:
Salesianos, Bulnes 19
Santiago

Se terminó de imprimir en abril de 1991

Un testigo de Cristo en el siglo XX

¿Cómo conocer a fondo la vida de Clotario Blest? ¿Cómo llegar a saber lo más importante de su vida, que casi coincide con la historia de Chile en el siglo XX?

Muchas narraciones o cuentos folklóricos de América Latina dicen que Cristo se aparece en la Tierra bajo la apariencia de un viejito pobre y humilde. Don Clotario Blest fue algo como eso, llevando a Cristo en su overol azul por las calles polvorientas de Santiago.

En los últimos años de su larga vida, decía con entusiasmo y sencillez: "Al único que amo en la vida es a Cristo. Nada más. Cristo es el que ha sido el nivel de mi vida. Bastante indigno soy y, cierto, Cristo respeta la libertad del hombre, a mí no me tiene amarrado. Pero indirectamente veo que El es el que me guía. El me inspira. Yo me doy cuenta de que a veces hago cosas que no pensaba hacer. De repente se me meten en la cabeza y salgo a hacerlas. ¡Cristo opera a través de los elementos más inútiles para ver que es la obra de El y no de uno!"

¡Cuántas cosas hizo Clotario Blest inspirado por esa fuerza incontenible de Cristo! Todas ellas, desde su juventud, en favor de los pobres, los sufrientes, los trabajadores explotados: sus más amados hermanos.

Las clases trabajadoras —obreros, campesinos, empleados— han sido en la historia de Chile víctimas de incontables injusticias: desde los tiempos de la dominación colonial española. Clotario Blest, abarcando con su figura gran parte del siglo XX, fue un instrumento privilegiado de la justicia de Cristo a favor de esas clases trabajadoras. Cristo le fue guiando, con astucia y audacia, los caminos que debían emprender los pobres para desatar las cadenas de su esclavitud.

“¡Porque soy pobre!”

Clotario Blest nació en Santiago de Chile el 17 de noviembre de 1899. Pariente pobre de los Blest Gana —sobrino del famoso escritor y novelista, autor del *Martín Rivas*—, Clotario conoció desde temprano las estrecheces económicas de su familia y particularmente de su madre, Leopoldina Riffo, maestra primaria. Viuda, con tres hijos, y con un sueldo miserable, era víctima continua de los prestamistas que llegaban hasta su casa de Brasil 48, a escasos pasos de la Alameda. El niño Clotario se daba cuenta de las angustias de su madre y cuando salía a abrirles la puerta les daba un portazo.

Jamás pidieron ayuda a los Blest ricos.

Los dos hermanos de Clotario fallecieron jóvenes: el mayor, militar, murió en Punta Arenas, y su hermana, religiosa del Buen Pastor, murió de tuberculosis, en la sala común de un hospital de Santiago.

El niño Clotario debió encararse con la pobreza. Asistiendo a una escuela pública en la calle Almirante Barroso. A los ocho años de edad ocurrió un hecho que laceró su alma. Un día el director de la escuela le preguntó delante de todos los alumnos por qué andaba con los zapatos rotos. El siempre lo recordó: “Yo casi me deshice. Salí al frente trastabillando. ¡Porque soy pobre!, le res-

pondí. Aquel episodio fijó mi vida. Ahí se fue creando mi vocación por los pobres, mi decisión de consagrarme a la defensa de los pobres”.

Ser pobre en el Chile y el Santiago de comienzos del siglo era un verdadero estigma. Más aún, algo peligroso. El pequeño círculo de aristócratas que gobernaba el país tenía un pánico por el malestar de las clases trabajadoras que exigían una vida digna. La masacre de la Escuela Santa María de Iquique en 1907, donde murieron miles de obreros pampinos, lo había demostrado.

Los duros años del Seminario

Doña Leopoldina Riffo consiguió una beca para su hijo Clotario en el Seminario de Santiago. Se cruzó entonces por su vida la vocación sacerdotal. Llegó a recibir, incluso, la tonsura de manos del Obispo Carlos Silva Cotapos en 1918.

A través de esos años el joven Clotario fue conociendo el latín, la teología. . . , y a un clero que comprometía a la Iglesia con el Partido Conservador, el antiguo partido de la aristocracia católica. Esto le ocurrió especialmente al ser trasladado al Seminario de Concepción en 1919. Entonces abundaron los roces con el rector del Seminario, un sacerdote que obligaba a los alumnos a hacer propaganda electoral a favor del partido de sus simpatías. El seminarista Blest manifestó en esa como en otras ocasiones su desacuerdo con la dirección del Seminario encabezando, incluso, ¡desfiles por los corredores del establecimiento!

Despuntaba ya con vigor la pasta de rebeldía que siempre lo acompañó. Por su parte, el rector de Concepción terminó cerrándole todas las puertas para impedir que fuera sacerdote. . .

Con seguridad, su maestro, Cristo, quería que lo siguiera mediante una nueva y peculiar identidad con El

y con los pobres. Hasta su ancianidad, don Clotario expresó su recelo y suspicacia frente a una formación sacerdotal ajena a la vida de Cristo. Muchas veces comentó: "A veces no comprenden el cristianismo los curitas. Ellos aprenden teología. ¿Qué le estudian a Dios? Tontearías. ¡No hay más ciencia de Dios que la vida de Cristo!"

El maestro perseguido

En sus años de seminarista Clotario Blest conoció, sin embargo, a un sacerdote distinto a la mayoría de los de su tiempo: el jesuita Fernando Vives Solar. Este hombre apasionado del Evangelio y de los pobres supo entregarle —como también al P. Alberto Hurtado, entre otros— sus ideales de justicia social para los trabajadores.

Fernando Vives fue un sacerdote muy cuestionado por los conservadores en la Iglesia chilena: éstos lograron alejarlo del país en 1912 y 1918. No aceptaban sus posiciones en favor de la clase trabajadora, de las organizaciones sindicales de choferes o de empleadas de comercio, que él promovió con entusiasmo.

Clotario lo conoció en Punta de Tralca, en 1914. Le cautivó el valor que le daba al Evangelio puro de Jesucristo. Recordaría el viejo dirigente sindical: "El P. Vives nos insistía mucho en que conociéramos el Evangelio. A pesar de que existía en esa época una prohibición de leer el Evangelio y comentarlo por nosotros si no contábamos con la presencia de un sacerdote. El nos decía que no. Que si Jesucristo lo comunicó a un grupo de iletrados, analfabetos, ¡cómo no lo podríamos comprender nosotros! Nos decía que el Evangelio es la primera y la última palabra."

El venerable jesuita perseguido tuvo una especial preocupación por guiar al joven Clotario Blest. Lamentó sobremanera que no pudiera éste seguir el camino al sa-

cerdocio. Con sinceridad, le decía: "Usted es para mí un hijo muy querido, casi puedo decir mi lado flaco."

Días antes de su muerte, en 1935, Fernando Vives le regaló una austera cruz de jesuita. Don Clotario la llevó al pecho hasta su muerte.

Efervescencia en la Iglesia de los años 20

Una vez fuera del Seminario, Clotario debió empezar a ganarse la vida con su trabajo. Al principio sólo halló labores ocasionales: empleado en una farmacia, ayudante de un abogado, etc. Sólo en 1922 consiguió entrar al servicio de la Tesorería Fiscal de Santiago.

El país vivía intensos cambios que auguraban la expansión capitalista del siglo XX: el triunfo de Arturo Alessandri, la dictadura de Carlos Ibáñez, la crisis del salitre. Todos estos hechos fueron generando nuevas e inéditas efervescencias sociales donde las clases trabajadoras buscaron modernas formas de presencia y presión públicas. En 1922 el dirigente obrero Luis Emilio Recabarren encabezó la fundación del Partido Comunista de Chile.

La Iglesia Católica se vio también cruzada por estas agitaciones sociales. Diversas iniciativas surgieron para dar cabida a ese clamor de los pobres que obligaba a la Iglesia a no ser sólo bastión de los ricos conservadores. Así nacieron, en Santiago, la *Casa del Pueblo*, desde 1917, para acoger a las organizaciones sindicales católicas; la Unión de Centros de la Juventud Católica, desde 1920, para los sectores parroquiales populares; los Círculos de Estudios Sociales, como *El Surco*, creado en 1921 por el sacerdote Guillermo Viviani, e incluso un Partido Popular, fundado ese mismo año por obreros católicos que se distanciaron del clásico Partido Conservador.

En todas estas instituciones participó el joven empleado Clotario Blest. Inquieto, apasionado, sin prejuicios, vio en estas iniciativas una manera creativa de movi-

lización de la clase trabajadora inspirada en el Evangelio. En la *Casa del Pueblo*, en el barrio de la Vega Central, calle Salas 208, bautizó una capillita con el nombre —desconocido para la época— de *Jesús Obrero*. El Vicario General de Santiago, molesto con el título colocado sin su autorización, clausuró la capilla.

En 1927 Clotario llegó a presidir la Unión de Centros de la Juventud Católica. Esta institución movilizó a no menos de diez mil jóvenes obreros y empleados en Santiago, y era una réplica o alternativa popular frente a la ANEC (Asociación Nacional de Estudiantes Católicos), más privilegiada por la jerarquía de la Iglesia. La Unión no tuvo reparo en vincularse con jóvenes evangélicos y comunistas —algo inaceptable para la Iglesia de esos años— y en juzgar como traidores de la clase trabajadora a unos sindicatos católicos que quebraron una huelga de los obreros salitreros. Estos sindicatos habían obedecido las órdenes del Director de las Obras Sociales de la Iglesia, sacerdote Samuel Díaz Ossa. La Unión de Centros formó un tribunal del pueblo para condenar a dichos obreros.

En todas estas acciones se procuró redescubrir a Cristo y su justicia para los pobres sin las restricciones de un clero lejano a su clamor y que no dejó de censurar a Clotario y sus amigos. Este recordaría así aquellos años: “En esa triste época para nada jugaba el amor fraterno basado en la justicia, tal cual lo predicaba Cristo en su breve paso por la Tierra. Aquel Cristo que todos nosotros en nuestra juventud amábamos y admirábamos. De todas las amonestaciones y reprimendas sacerdotales y hasta episcopales, nos consolábamos en Cristo, quien hablaba a nuestros corazones juveniles...”

Un romance y el amor de Cristo

Siendo presidente de la Unión de Centros de la Juventud Católica, Clotario Blest inició un romance con una diri-

gente de la Asociación de la Juventud Católica Femenina. Al cabo de dos años ella le comunicó una proposición extraordinaria: "Clotario, ambos tenemos una misión en la vida: acercar a Cristo a la juventud. Si decidimos casarnos, vendrán el hogar, las preocupaciones económicas. Tendremos que abandonar nuestra misión, que es sagrada. Te propongo que abandonemos todo en la vida y sigamos el camino ya iniciado". Clotario aceptó y cumplió el juramento.

Su amada juvenil y mujer excepcional, fue, según propia confesión de don Clotario, Teresa Ossandón, cuatro años menor que él. Ella también permaneció fiel al juramento y, con fama de santidad, murió como religiosa carmelita en 1989. Hasta sus últimos días, en el convento de Los Andes, tuvo muy presente a Clotario. De él escribió con emoción: "Amaba ante todo a Dios Nuestro Señor y era muy firme, muy convencido de sus altos ideales. Gracias doy a Nuestro Señor por habernos dado a Clotario Blest como una imagen de perfección y de valor".

GERMEN: la reivindicación del Cristo obrero en tiempos de la República Socialista

Al comenzar los años 30 Chile vivió importantes y profundas convulsiones sociales expresadas en la caída de la dictadura de Ibáñez y el intento fugaz conocido como la República Socialista de 1932.

Por aquella época el P. Fernando Vives pudo regresar al país después de un prolongado exilio de trece años. Establecido en Santiago, le propuso a Clotario Blest y a un grupo de amigos obreros, la creación de una agrupación laical que con el nombre de *Germen*, planteara las reivindicaciones sociales de la clase trabajadora con el emblema de Cristo obrero.

La Iglesia Católica, por entonces, seguía bastante

identificada con los ricos y los conservadores, y su imagen de Cristo era más bien la de Cristo Rey, emblema oficial de la Acción Católica creada en 1931.

Clotario había dejado la Unión de Centros por discrepancias con las autoridades de la Iglesia, y pasó, con gusto, a dirigir el grupo *Germen* hasta 1939. Siendo una comunidad relativamente pequeña, de no más de quince personas, fue muy activa. Sacó un periódico e hizo pronunciamientos públicos en diversas ocasiones. Su símbolo era una cruz enlazada... ¡con la hoz y el martillo!, para señalar la alianza entre Cristo y la clase trabajadora. En 1938 Clotario Blest, a nombre de *Germen*, denunció públicamente ante el Nuncio Aldo Laghi el alejamiento de la Iglesia Católica con respecto al pueblo pobre. El problema más grave era que con ello se había alterado el rostro de Cristo ante los pobres, haciéndolo más motivo de odio que de amor. La Declaración de Principios de *Germen* decía: "Se ha desfigurado a Cristo ante las masas hasta el extremo de hacerlo odioso. Silencio alrededor del obrero que es Cristo: mucha palabrería alrededor del Dios que es rey. Se ha desfigurado a Jesús, mirándole sólo como Dios, y no como hombre y obrero, verdadero hermano nuestro según la carne, donde El quiere y desea y pide ser imitado y amado. Mientras haya explotadores y explotados, no habrá caridad sino odio, y Cristo estará sólo en los labios, no en el corazón de los hombres."

Comienza la organización de los trabajadores del Estado: la ANEF

Clotario no dejaba su trabajo de empleado fiscal. En 1934 trabajó en la Tesorería del puerto de San Antonio, en 1949 lo trasladaron a la Tesorería de la comuna de San Miguel, en Santiago. Conoció la vida y las penurias económicas de los trabajadores del Estado, quienes no

podían sindicalizarse, pues se lo prohibía una ley dictada por don Arturo Alessandri en 1934. ¿Cómo organizarse para reclamar justicia?

A Clotario y un grupo de compañeros se les ocurrió una salida: juntarse para hacer deportes. Así nació en 1938 la Asociación Deportiva de Instituciones Públicas (ADIP). De allí terminaría naciendo la Agrupación Nacional de Empleados Fiscales (ANEF) en 1943, con trabajadores de Tesorerías, Impuestos Internos, Registro Civil, Pavimentación, etc.

Durante los años 40 y principios de los 50, Clotario fue el líder indiscutido de la ANEF a nivel nacional. Encabezó muchas movilizaciones contra las especulaciones de precios y el alza del costo de la vida, desafiando a los ministros de Hacienda del Presidente González Videla. Famosa se hizo la huelga de empleados en 1950 que llevó a la caída de un gabinete presidencial.

Clotario acusó al Ministro Jorge Alessandri de equilibrar el presupuesto de la Nación al precio del hambre y la miseria de los empleados fiscales. La situación económica de los trabajadores del Estado era, por lo general, deplorable, y muy por debajo del costo de la vida.

La "prensa seria" del país, vinculada a los sectores influyentes del Estado, comenzó a identificar al dirigente de la ANEF como un personaje peligroso. Un periódico escribió en 1951: "El señor Clotario Blest, como empleado fiscal, está impedido de atacar al Gobierno. Si le concedemos, por un minuto, tal autoridad, tendríamos que concluir aceptando el absurdo de que el subordinado está a la misma altura que el subordinante, lo que constituye un trastorno total del orden jerárquico."

¿Existiría este trastorno? Las autoridades debían oír la voz de justicia que reclamaban los pobres. Estos, por su parte, empezaron a reconocer en Clotario un testigo de Cristo. En 1950 escribió el periódico de la ANEF: "Lo hemos visto en las horas de prueba espiritualmente di-

choso de cumplir con la poesía de su Maestro: bienaventurado de sufrir persecuciones por culpa de la justicia. Aconsejaríamos a los escépticos, a los que no creen que la vida pública pueda ser superada, que se acercaran más a Clotario Blest, miraran de frente su rostro ascético; escudriñaran en sus claros ojos cristianos desde donde les sonreiría el Cristo de la infancia. . .”

¡Viva la Central Unica de Trabajadores de Chile!

Uno de los hechos más espléndidos y singulares que protagonizó Clotario Blest a lo largo de toda su vida fue la fundación de la Central Unica de Trabajadores de Chile (CUT) en 1953. Entonces culminaron años de luchas y esperanzas de obreros y empleados de todo el país.

Desde 1946 Clotario venía haciendo gestiones personales para lograr la reunificación de la antigua Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH), dividida por razones políticas. Soñaba con una Central Unica que, albergando a todos los asalariados del país, pudiera exigir y ejecutar la justicia para los pobres negada por el sistema capitalista en expansión. En 1952 le escribió al dirigente sindical comunista Bernardo Araya: “Hay que impulsar la unidad de toda la clase trabajadora de Chile en una sola gran Central que sea capaz de quebrar la soberbia y la prepotencia de la oligarquía económica de nuestro país.”

En el viejo Teatro Coliseo de Santiago, de la calle Arturo Prat al llegar a Avenida Matta, en la feliz y calurosa noche del 12 de febrero de 1953, más de 2.300 delegados de todo el país dieron comienzo al Congreso Constituyente de la CUT. Allí confraternizaron los mineros comunistas del carbón, los obreros anarquistas del calzado, los empleados fiscales radicales o falangistas, los ferroviarios socialistas, y la inmensa masa de trabajadores sin partido, todos unidos y dispuestos a cambiar el régimen

capitalista, basado en la explotación del hombre por el hombre, por otro fundado en la justicia social.

Para refrendar el sentido heroico y libertario de la CUT, se escogió la fecha histórica del 12 de febrero, día del triunfo de Chacabuco y de la Declaración de la Independencia de Chile. Los poetas populares de la época celebraron este nuevo hecho histórico de alborozo para los chilenos:

Siempre el doce de febrero
en la historia nacional
ha sido un día triunfal
júbilo de Chile entero . . .

Este doce de febrero
a la Central vio nacer
por eso Clotario Blest
oído por Chile entero
en un discurso sincero
proclamó con voz entera
en la asamblea primera
en el Teatro Coliseo
inaugurado el torneo
¡ya se unió la clase obrera! . . .

La CUT pasaría a ser un hecho legendario en la lucha de los trabajadores chilenos del siglo XX. El fundador la entendía así en 1970: "Es la obra gigantesca de unir en una sola gran organización a todos los explotados de nuestra patria para sacudir el yugo que los oprime y explota hasta llegar a la gloriosa meta que se han propuesto y que no es otra que la instauración de la patria de los Trabajadores."

Con humildad, Clotario Blest reconoció siempre que en 1953, como en toda su vida, sólo había sido un instrumento en manos de Cristo: "Yo siempre he atribuido todo a la inspiración de Cristo. Como dice el Evangelio,

Dios se vale de los elementos más inútiles para demostrar que es obra de El y no de uno."

La palabra de fuego del Presidente de la CUT

Don Clotario Blest encabezó el movimiento unido de los trabajadores chilenos en la CUT desde 1953 hasta 1961. En esos ocho años el país entero presenció la dignidad y el heroísmo de su figura pequeña, físicamente frágil, pero con una fuerza y una pasión que conmovieron a sus compañeros y a sus adversarios.

En esos años el país se deslizó por los cauces abiertos hacia el desarrollo capitalista impuesto por las potencias occidentales. Esto significó la adopción de una serie de comportamientos éticos y culturales bastante inhumanos o egoístas: en aras del progreso capitalista los chilenos comenzaron a perder el sentido de la justicia y de la solidaridad. Especialmente, los círculos gobernantes.

La palabra valiente de Clotario Blest fue una alarma roja en este sentido. Traducía el clamor de las masas populares de la época. En 1954, tras ser puesto en libertad después de su primer encarcelamiento como presidente de la CUT, decía: "Seguramente aquí hay soplones y huinchas magnéticas imprimiendo mi discurso. Pero yo vuelvo a repetir que en Chile hay miseria y sufrimiento de un pueblo por la incapacidad del Gobierno. Bien debe saber el Gobierno que yo no hago otra cosa que traducir los sentimientos del pueblo. Yo no he injuriado a nadie ni he incitado a la revuelta, salvo que así se llame a quien dice la verdad."

La CUT pasó a ser una suerte de portaestandarte de la justicia y la verdad para los pobres. Y eso costó desmentirlo. Ante los ataques formulados en 1959 a la CUT por el Presidente Jorge Alessandri, replicó don Clotario: "Si el Presidente nos supone torcidas intenciones en

nuestra acción sindical, nosotros oponemos la heroica historia, honrada y limpia, de nuestra organización, a la que no han podido abatir ni todo el odio concentrado de una Derecha soberbia y prepotente, ni todo el poder gubernamental dirigido en nuestra contra en el anterior Gobierno.”

La palabra de Clotario Blest señaló la enardecida voluntad de asegurar la justicia de Cristo para los desamparados del país. Su voz resonaba en la antigua Plaza Artesanos de Santiago, a orillas del río Mapocho. En la primavera de 1955 señaló ante el asombro de sus oyentes: “¡La clase trabajadora, los humildes y los pobres de este mundo, llegarán a tener en el país el poder. Arrasarán a todos los especuladores, los ladrones legales de tierras y latifundios, los jugadores de la Bolsa, los grandes comerciantes e industriales cuya única función es hacer grandes ganancias, sumiendo al país en la miseria y sin importarles absolutamente nada la suerte del prójimo, a quien Cristo enseña considerar y tratar como hermano y no como bestia!”

Bajo la Ley Maldita

Para acallar y castigar al presidente de la CUT, el Gobierno de Ibáñez empleó una ley dictada por el Presidente González Videla en 1948: La Ley de Defensa Permanente de la Democracia. El pueblo y la historia la bautizaron en su sentido más profundo: *la Ley Maldita*. Con ella se privó de la plenitud de la ciudadanía a más de 26 mil chilenos, en su mayoría miembros del Partido Comunista.

Sabiéndola injusta y destinada a perseguir a destacados luchadores obreros, don Clotario Blest la combatió desde un principio. Por ella caían procesados miles de trabajadores o luchadores populares. En 1956, a tra-

vés de una llamada Circular Koch, el Gobierno de Ibáñez la aplicó aun más estrictamente en el campo sindical.

Muchos de los encarcelamientos y relegaciones que sufrió don Clotario fueron consecuencia de la aplicación de la *Ley Maldita*. Por su culpa fue relegado durante cuatro meses a Molina en 1957. Sufriirla en carne propia no le importaba. Decía: "No temo caer en la Ley de Defensa de la Democracia como reincidente."

Al contrario, muchas veces expresó la satisfacción de caer en sus manos: "Nunca se siente mayor alegría y mayor satisfacción que cuando se sufre la persecución y la cárcel por servir la causa de los pobres, los humildes, la causa noble y santa del proletariado chileno", señaló el Primero de Mayo de 1955. Cuando un Ministro del Interior de Ibáñez amenazó con clausurar el local de la CUT ubicado en pleno centro de Santiago, Blest lo desafió: "Si clausuran nuestros locales nos reuniremos en otros locales clandestinos; si también son clausurados, nos reuniremos en las calles y plazas, y si de allí nos desalojan para arrastrarnos a las cárceles, allí nos reuniremos para seguir luchando por la verdad y la justicia. La violencia y la fuerza bruta no podrán jamás aplastar la justicia y la verdad de la causa de los trabajadores de Chile..."

La *Ley Maldita* lo condujo a la cárcel, y en ella, en su oscuridad, el fundador de la CUT volvió a hallar a Cristo como su compañía y su consuelo. En su ancianidad confesaba con sencillez: "He estado botado en la cárcel muchas veces. Siempre creía que a mi lado estaba Cristo sentadito. Lo sentía y era verdad. No habría resistido tanto."

La *Ley Maldita* fue derogada en agosto de 1958.

Tentaciones de poder y riqueza. El dinero, estiércol de Satanás

Si por una parte el Presidente de la Central Unica fue castigado por la *Ley Maldita*, por otra fue halagado con prebendas y proposiciones de soborno. De una u otra forma había que doblegar la altivez del dirigente de las clases postergadas.

Recién creada la CUT, en 1953, el Presidente de la República Carlos Ibáñez le hizo llegar una proposición. Ofreció nombrarlo Tesorero General de la República a cambio de su renuncia al mando de la Central Unica de Trabajadores. El rechazo de Clotario fue categórico: era una forma de traicionar a los pobres. "¡No me conocen en absoluto!", le respondió tajante al Ministro Rossetti, antiguo funcionario ibañista.

En otra oportunidad, ante otros ofrecimientos en este sentido, el presidente de la CUT le dijo a Carlos Ibáñez: "Si quiere, nómbrame Director General de Prisiones". El Jefe de Estado le repuso: "Ah, eso sí que no. Al otro día tendría a todos los presos libres."

No faltaron tampoco sobornos de las compañías norteamericanas que operaban con enormes ventajas en el país. Una vez los magnates de la Braden Cooper, de Rancagua, lo tentaron con una suculenta suma de tres millones de pesos de la época. Cuando don Clotario contaba este suceso, siempre pedía excusas por repetir lo que les había dicho a los norteamericanos: "¡Váyanse a la m...!"

En 1959 declaró a la revista *Ercilla*: "El dinero es el estiércol de Satanás."

Expulsado de la Administración Pública

Los esfuerzos de Ibáñez por deshacerse de don Clotario fueron incontables. En 1954 lo echó de la Administración

Pública. El responsable de ejecutar esta decisión fue el Ministro de Hacienda Jorge Prat Echaurren. Llamó al Presidente de la CUT a su despacho y le comunicó: “¡Si sigue en la presidencia de la CUT y de la ANEF debe dejar su trabajo!” Don Clotario le replicó: “Yo no puedo renunciar. Sería traicionar a la clase trabajadora. No veo que mi labor gremial impida mi trabajo...”. El Ministro había tomado ya la decisión: “Tendrá que renunciar a la CUT. Hoy firmo su traslado a Iquique. Le doy plazo de siete días para que se traslade.”

En la Tesorería Provincial de Tarapacá, prácticamente relegado, don Clotario no podía seguir al mando de la Central Unica. La resolución del Gobierno estaba hecha: el 13 de septiembre se le ordenaba el traslado al norte.

Acorralado, debió presentar su expediente de jubilación, tras 32 años de servicio, desde que entrara como barrendero a la Tesorería de Santiago. Esta fue la respuesta del Gobierno ante el “roto alzado”, como lo solía llamar públicamente el Ministro Prat: “Me vi precisado a poner término a la indisciplina administrativa e incluso a hacer salir de la Administración a un subordinado alzado, así fuera presidente de la CUT y de la ANEF”, comentó Prat.

Años después, estando encarcelado, don Clotario recibió la extraña visita del ya ex Ministro Jorge Prat. Venía a pedirle disculpas por lo sucedido. El Presidente de la CUT le expresó: “Como cristiano, le he perdonado a usted desde el primer momento.”

Don Clotario destinó gran parte de su desahucio para un fondo en beneficio de jubilados pobres.

En el Consejo Mundial de la Paz

Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, el mundo siguió viviendo las hostilidades de la guerra fría y la amenaza de las armas atómicas.

La guerra fría fue declarada en marzo de 1947 por el Presidente de los Estados Unidos Harry Truman, en defensa del sistema capitalista de Occidente. En América Latina se debió firmar un pacto de Ayuda Militar con los Estados Unidos.

Don Clotario fue un destacado opositor de dicha política. En 1952 presidió el Comando Nacional de Lucha contra el Pacto Militar con Estados Unidos. Desde 1950 participó en el Comité Nacional de Partidarios de la Paz en Chile —junto a destacadas figuras como Pablo Neruda y Gabriela Mistral— que apoyaron el desarme mundial y el repudio a las armas atómicas.

Como un reconocimiento a esta trayectoria pacifista, la Asamblea Mundial de la Paz reunida en Helsinki en 1955 decidió nombrarlo miembro del Consejo Mundial de la Paz, un organismo dirigido por el científico y Premio Nobel francés Frédéric Joliot-Curie.

La figura de don Clotario comenzó a destacarse en la lucha mundial por la paz. En 1956 solicitó a las Naciones Unidas la prohibición de los experimentos atómicos y termonucleares que se realizaban por entonces en el planeta. También, en 1958, denunció el escandaloso presupuesto militar del Gobierno de Carlos Ibáñez, administración de la confianza de los Estados Unidos. Aludiendo a la situación de América Latina, denunció la falsa paz impuesta por los poderosos: "El mundo capitalista pretende alcanzar la paz verdadera construyendo cañones para mantener al pueblo en los límites de una quietud artificial y para aplastar todo aquello que signifique protesta contra un estado de cosas intolerable y antihumano. Así vemos en nuestro continente latinoamericano la ralea más denigrante de dictadorzuelos, que, mantenidos desde el exterior, sojuzgan a sus pueblos para conservar su paz, la paz de los sepulcros y de las bayonetas... Nosotros debemos implantar la paz, reclamada por todos los trabajadores del mundo, que signifique justicia social y no explotación del hombre por el hombre."

No faltaron las críticas a don Clotario por pertenecer al Consejo Mundial de la Paz. ¿Cómo podía participar un católico en un organismo internacional junto a no creyentes y comunistas?

Desde su relegación en Molina, en el invierno de 1957, don Clotario replicó: "Cristo no dijo: Bienaventurados los pacíficos que creyeren en mí; sino que habló a los hombres todos de su época, y de todas las épocas, sin distinciones de credos políticos, religiosos o filosóficos. Todos aquéllos que aman, anhelan y trabajan por la paz —los pacíficos— serán llamados hijos de Dios."

Discutiendo con Mr. Prescott Carter

Durante el Gobierno de Ibáñez, el Fondo Monetario Internacional imponía las reglas del juego económico. De acuerdo con ese Fondo, entre 1955 y 1958 se aplicó en el país la política anti-inflacionaria recomendada por la conocida Misión Klein-Sacks, venida de los Estados Unidos. Era una política abiertamente antipopular que hizo recaer los sacrificios de la lucha contra la inflación en las masas asalariadas. Entre protestas y burlas, los trabajadores desenmascararon los planes del imperialismo internacional del dinero:

Hay tiranía y hambre
y hay "kleinsaqueo"
y a Chile han agarrado
para el tandeo...

Clotario Blest fue un opositor tenaz de la misión norteamericana encabezada por el orgulloso míster Prescott Carter. El Presidente de la CUT lo recriminó públicamente en 1956: "Déjese de continuar haciéndole el juego a la oligarquía económica de este país, cuyos manejos y turbios procedimientos son conocidos por todos los traba-

jadores de Chile. Estos, en el momento oportuno, les pedirán cuenta rigurosa de sus actos."

La solidaridad con los pueblos de América Latina

Don Clotario vibró intensamente con los anhelos y las luchas de los pueblos de la "América India", como la llamaba por los años 40. Por defender y solidarizar con las acciones de los trabajadores y de todos los hambrientos de justicia en el enorme continente, el Presidente de la CUT viajó por toda América Latina.

Condenó la dictadura de Batista en Cuba y el golpe militar de Castillo Armas en Guatemala. Participó en la Conferencia de Solidaridad Democrática de América Latina, en Buenos Aires en 1958, y en la Conferencia Sindical Continental de Caracas, en 1960, que acordó el boicot contra la dictadura de República Dominicana.

En 1953 viajó a Argentina junto a delegados de la CUT y de la Federación de Estudiantes de Chile (FECH) para lograr la liberación de cerca de treinta trabajadores y estudiantes injustamente encarcelados. Al llegar a Mendoza, el grupo de chilenos fue detenido y obligado a regresar a su país.

Tras la caída de Perón, Clotario Blest abogó por el indulto en favor de unos condenados a muerte por el nuevo Gobierno militar argentino. El depuesto y conocido Presidente le agradeció el gesto: "He seguido su trayectoria en Chile al frente de la CUT, y sé que su orientación coincide con la nuestra. . . Estamos empeñados en una lucha a muerte con la oligarquía argentina y con el imperialismo que pretende recolonizarnos y someter a la clase trabajadora argentina a la explotación y la esclavitud. . .".

A comienzos de los años 60 Clotario saludó y apoyó con admiración la caída de la dictadura de Batista y el inicio de la Revolución Cubana. En Chile fue el Presidente del Movimiento Nacional de Solidaridad y Defensa de

la Revolución Cubana, allá por 1961. En esos años viajó a la isla del Caribe, que se abría a una nueva historia. Desde allí citaron a don Clotario como ejemplo de líder de los trabajadores de América Latina.

El destacado dirigente pensaba con entusiasmo: "Una isla pequeña, que apenas se ve en el mapa, ha derrotado y colocado en el ridículo a Estados Unidos. Como la imagen bíblica, éste tiene el vientre de oro, pero los pies de barro."

La solidaridad de don Clotario con los pueblos de América Latina se expresó hasta el final de su vida. En 1979 mandó un fervoroso saludo a Ernesto Cardenal, en los inicios de la Revolución Nicaragüense: "La nueva sociedad que anhelamos deberá poner sus cimientos en roca indestructible, representada en el Hombre Nuevo de que habló Cristo hace dos mil años...".

El Cardenal Caro sale en su defensa

Siendo Presidente de la CUT don Clotario Blest, ocurrió una horrible tragedia en la zona del carbón: cuarenta obreros perdieron la vida por el descarrilamiento de un tren que los conducía junto con carga de material. Eso estaba prohibido, pero por ahorrarse unos pesos, los ejecutivos de la empresa lo permitían, con el peligro criminal que encerraba.

En los funerales que se celebraron en Concepción, habló don Clotario. Estaban presentes el Intendente, el Gobernador, el Arzobispo de Concepción, los ejecutivos de la empresa. Dijo el máximo dirigente de los trabajadores: "Compañeros trabajadores, venimos aquí a rendir un homenaje a nuestros hermanos caídos. Y se encuentran aquí los ejecutores morales y directos de estas muertes: son los ejecutivos de la empresa. Todos los trabajadores saben que no se ha de echar materiales de la mina y seres humanos en un mismo tren...".

El escándalo fue mayúsculo, las autoridades no hablaban qué hacer. Al otro día, el Vicario del Arzobispado de Concepción escribió un artículo furibundo en contra de don Clotario, y recogió firmas para solicitar del Cardenal Caro su excomunión pública.

Cuando la nota llegó a Santiago, el Cardenal lo mandó a llamar: "Mire, Clotario, me ha llegado una solicitud del Arzobispado de Concepción pidiendo su excomunión pública, por lo que usted dijo en el Cementerio, en los funerales de los obreros muertos. ¿Fue efectivo que usted dijo eso? "Sí, Monseñor". El Cardenal lo quedó mirando y le dijo: "Muy bien dicho, Clotario, muy bien dicho. ¿Sabe qué vamos a hacer con esta nota?" La tomó, la hizo pedazos y la echó al canasto, y lo despidió diciéndole: "Váyase tranquilo, siga adelante."

La muerte de su madre

Doña Leopoldina Riffo, antigua Directora de Escuela Básica, o Elemental, como se decía en su tiempo, vivió con Clotario hasta su muerte.

Sufrió mucho con la vida sobresaltada y perseguida de su hijo. Mas también comprendió y alentó sus decisiones. Estando encarcelado Clotario en Santiago las dueñas de casa de la Oficina Santa Rosa de Huara, en la Pampa, le escribieron a su madre: "Estamos seguras, señora, que usted en esta difícil hora de prueba, al igual que las madres de los demás patriotas encarcelados, deberá sentirse orgullosa de tener un hijo como nuestro compañero Clotario."

Conociendo su loca generosidad, doña Leopoldina le rogó que no regalara mientras ella tuviera vida su casa habitación de Ricardo Santa Cruz 630, en Santiago.

Un año antes de su muerte, perdió la razón al ser informada por un desconocido que habían asesinado a su hijo. Fue en los meses en que el Presidente de la CUT

cumplía una relegación, en 1957, en Molina. Simultáneamente, a él le avisaron, también falsamente, que su madre había fallecido. Desesperado, intentó venirse ¡a pie! a Santiago. Un conocido lo reconoció en la carretera, a la altura de Curicó, y lo hizo desistir.

Doña Leopoldina falleció, a los 85 años de edad, en los primeros días de enero de 1958.

Poco antes de expirar, recobró la razón y pudo reconocer, aun perdido el sentido del tiempo, a su hijo. Le musitó: "Clotario, ¿qué hacías tan tarde y no llegabas?"

Agradeciendo las condolencias, el ya maduro líder de los pobres escribió: "Al pie de su tumba he renovado, una vez más, mi juramento de lealtad total y entrega absoluta de todas mis facultades a la causa sagrada de los trabajadores de mi patria."

"Ningún rico de esta tierra podrá entrar en el reino de los Cielos"

En 1959 un periodista de la revista *Ercilla*, Darío Carmona, le hizo la siguiente pregunta: "Según el evangelista San Mateo, Cristo dijo: 'Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que entre un rico por las puertas del cielo'. A su juicio, ¿qué tipo de ricos chilenos hallarán herméticamente cerradas las puertas del Paraíso?" La respuesta de don Clotario no se hizo esperar: "La cita evangélica es suficientemente clara como para no admitir ninguna duda. Cristo no establece excepción y, por lo tanto, ningún rico de esta tierra podrá entrar en el reino de los cielos. Esta tesis cristiana se encuentra plenamente confirmada en innumerables textos del Evangelio, de *Los Hechos de los Apóstoles* y de sus *Epístolas*. Especialmente explícito es San Lucas, en el capítulo 2, versículos 44 y 45 de *Los Hechos de los Apóstoles*, cuando dice: 'Todos los creyentes vivían unidos, y todo lo tenían en común.'

Vendían sus posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno'."

Hacia poco, en 1958, el dirigente de los trabajadores había despedido los restos del Secretario General del Partido Comunista Galo González: "Elevo a la Providencia una oración fervorosa a Dios para que El, en su magnífica justicia, lo reciba en su seno, porque la justicia de los hombres y el juicio de los hombres son muy distintos al juicio y a la justicia de Dios."

Con el Che Guevara

El famoso revolucionario argentino Ernesto *Che* Guevara, uno de los más importantes guerrilleros latinoamericanos de los últimos tiempos, solía decir: "El revolucionario, junto con estar armado de una gran dosis de amor a la humanidad, debe ser capaz de sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier lugar del mundo."

Con Clotario se conocieron en Cuba en 1960. El entonces Presidente de la CUT había sido invitado a un Congreso Latinoamericano de Juventudes. En representación del nuevo Gobierno revolucionario de La Habana, el *Che* Guevara lo presentó: "Aquí tenemos al hombre más joven de todos ustedes: aquí está Clotario Blest, de Chile!"

Desde entonces nació una amistad inolvidable.

El *Che* gozaba ya de un inmenso prestigio, por su lucha contra la dictadura de Batista y por sus nuevos cargos en el Gobierno, como Ministro de Economía. Sin embargo, le confesaba a Clotario: "Yo no soy para esta vida cómoda, aquí en Cuba soy admirado y querido, tengo de todo. Esta vida cómoda no me gusta. Me voy a ir a pelear al sur por los pobres."

Cuando cayó asesinado en Bolivia en 1967, recogie-

ron de su mochila un poema a Cristo, salpicado con su sangre. Decía:

“Te amo
no porque bajaste de una estrella
sino porque me descubriste
que el hombre tiene sangre
lágrimas
congojas
llaves
herramientas
para abrir las puertas cerradas de la luz.
Sí... Tú nos enseñaste que el hombre
es Dios
un pobre Dios crucificado como Tú...”

Don Clotario solía decir: “He ahí un cristiano: el *Che* Guevara. ¡Para mí es un cristiano completo! Yo lo conocí. Fui amigo de él, y sé lo que pensaba.”

Fuera de la presidencia de la CUT

Uno de los golpes más duros sufridos por don Clotario ocurrió cuando lo marginaron de la CUT.

Como en tantas oportunidades, la más de las veces exitosas, la Central Unica preparaba con meses de anticipación un paro nacional de trabajadores en contra de la política económica del Gobierno de Jorge Alessandri. El paro estaba fijado para el 29 de agosto de 1961. Cuando ya todo estaba listo, habiendo incluso 180 mil trabajadores en huelga en el país, entre ellos los mineros de Huachipato y los trabajadores de la salud, en una intempestiva reunión del Consejo de Federaciones, el día 28 por la tarde, un grupo de dirigentes, llevados de presiones políticas y partidistas, acordó la suspensión del movimiento.

La protesta de don Clotario fue inmediata: “Pero, compañeros, faltan sólo cinco horas para iniciar el paro. ¿Cómo van a avisar ustedes al país? La gente queda bota-

da y se va a sentir traicionada. ¿Y los que ya están en huelga?”

Como la decisión de suspensión fue ganando las voluntades del Consejo, el Presidente de la CUT presentó la inmediata renuncia a su cargo: “Estimo que este paro nacional debió mantenerse de todas maneras por razones obvias de la más elemental solidaridad y honradez gremial para con nuestros compañeros.”

Las razones de fondo de la suspensión del paro —las presiones de Alessandri dirigidas a un partido político de izquierda— las conoció don Clotario de boca del propio Presidente de la República. Un día Jorge Alessandri lo detuvo en la calle: —“Señor Blest, le gané la batalla: usted tuvo que retirarse de la CUT y yo sigo siendo Presidente de Chile.” Don Clotario le contestó: “Presidente, usted me ganó la batalla, pero usted sabe cómo la ganó: a través de una traición.” El Presidente replicó, alejándose: “Ah, eso es asunto suyo. Todo entra en la guerra. Adiós.”

Don Clotario quiso dar a conocer públicamente las razones de fondo de su renuncia. “Voy a decirlas, acostumbro decir la verdad y no dar la puñalada por la espalda!”, sentenció. Nunca lo dejaron. Durante el Tercer Congreso de la CUT, en 1962, celebrado en el *Teatro Caupolicán*, el ya ex Presidente de la Central Unica volvió a intentar explicar su renuncia y revelar sus verdaderos responsables. El grupo político que iba a ser aludido lo impidió con rechiflas, insultos y hasta monedas. Quisieron acusarlo a él de traidor y vendido. La masa, enardecida y dividida, le concedió cinco minutos. Dijo entonces: “La unidad es la mejor arma de los trabajadores. No seré yo quien le ponga piedras en su camino a la clase trabajadora. En nombre de esa unidad, renuncio a plantear ante ustedes los fundamentos de mi renuncia como Presidente de la CUT.”

El viejo —como le dijeron con escarnio en el *Caupolicán*— había sido humillado. Al regresar a su casa, con

un dolor moral inmenso, pensó en Recabarren, el viejo líder sindical que terminó por quitarse la vida. Y pensó, como él, en el suicidio. De pronto miró una cruz, la cruz de su Maestro crucificado y se serenó: “¿No voy a soportar yo esto?”

Desde entonces la Central Unica perdió a su principal líder histórico. Muchos años después, en 1970, aún se hacía sentir su ausencia. El diario *El Clarín* escribió entonces: “Se hace sentir la falta del dirigente combativo y decidido, que le daba a cada lucha un matiz insobornable. No sería justo conmemorar el actual aniversario de la CUT sin rendir un homenaje al líder ‘exiliado’.”

El Patio de los Cogoteros

Fue el 25 de octubre de 1962. En la Alameda de Santiago, a la altura de la calle Dieciocho, se había convocado a un mitín para repudiar el bloqueo norteamericano a Cuba.

Don Clotario fue tomado preso.

Los Carabineros lo llevan a la Comisaría. De pronto, una orden del Gobierno: hay que conducir al detenido a la Cárcel de Santiago y recluirlo en la Galería 5, de las redadas nocturnas. El lugar era más conocido como el *Patio de los Cogoteros*, peligroso lugar donde hasta los gendarmes se andaban con cuidado.

Don Clotario llegó allí como a las diez de la noche. Los ojos de los “cogoteros” brillaban a través de las ventanillas de las celdas.

Esta vez el viejo líder sintió temor. “Buena forma tiene el Gobierno de deshacerse de mí: aquí tengo mis horas contadas”, pensó.

Una vez dentro, el más antiguo de los reclusos, el más “choro”, se acercó y le dijo: “¿Usted es el señor Clotario Blest?”. “Sí, compañero, yo soy”, contestó. El hombre le repuso: —“Muy bien. Le tenemos una celda preparada.

Aquí en cada celda hay diez o quince compañeros amontonados, pero le tenemos reservada una solo. Sólo lo acompañará para servirlo un compañero nuestro.”

Don Clotario creyó empezar a soñar. Al otro día quiso levantarse temprano, a la hora de todos, pero el que lo cuidaba le dijo: “Usted no se va a levantar, don Clotario, es muy temprano. Le vamos a traer el desayuno a su cama”. Llegaron con el desayuno: pan con mantequilla y café. Una vez en el patio, el jefe llamó a todos los presidiarios, todos muy jóvenes. “Aquí está Clotario Blest, les dijo, viene a hacernos compañía. Voy a dar una sola orden: delante de él ni una sola grosería se va a pronunciar. ¡Ya lo saben!”

El respeto y la solidaridad de los delincuentes con el dirigente de los trabajadores se repitió día a día, durante tres meses. Cuando al final el Director General de Prisiones ordenó el traslado de don Clotario al Anexo Cárcel de Capuchinos, éste les dijo a los “cogóteros” al despedirse: “Mis queridos amigos, debo confesarles que me voy con pena. He pasado días muy hermosos al lado de ustedes. Sólo quiero hacerles una sola pregunta: ¿por qué me han tratado de esta forma?”

Estos le contestaron: “Don Clotario, lo que nos admira es la pregunta suya. Usted nos ha enseñado, y lo hemos oído siempre, que todos somos hermanos: ¡lo hemos tratado como a un hermano!”

Durante toda su vida don Clotario se enterneció hasta las lágrimas contando este episodio: “¡Qué ejemplo y qué enseñanza más tremenda sufrí en esos momentos! ¡El amor al prójimo lo aprendí enteramente en el *Patio de los Cogóteros*, y no en las más grandes doctrinas o en los grandes palacios!”

La toma de la Catedral de Santiago

La renovación de la Iglesia Católica tras el Concilio Vaticano II constituyó uno de los hechos mundiales del siglo XX. El inspirador del Concilio, el Papa Bueno, Juan XXIII, soñó con una transformación de la Iglesia que la hiciera, sobre todo en países del Tercer Mundo, como Chile, más cercana a los pobres. Que fuera, decía él, una Iglesia de los pobres.

En los días previos a la celebración de la conferencia de obispos latinoamericanos de Medellín, en 1968, que asimilaría para nuestro continente el espíritu renovador del Vaticano II, un grupo de laicos, sacerdotes y religiosas, decidió ocupar la Catedral de Santiago para llamar la atención acerca del sentido más profundo del necesario cambio de rostro de la Iglesia.

El 11 de agosto de 1968 —un día domingo— se colocó un inmenso lienzo entre las dos torres de la Iglesia. Decía: “Por una Iglesia junto al pueblo y su lucha”, y se repartió un volante que instaba a la Iglesia a definirse pobre, libre, servidora, abierta al hombre y, en definitiva, más fiel al Evangelio.

El hecho fue muy controvertido. Desde los años 20 don Clotario venía soñando con una presencia más cercana de Cristo y de su Iglesia entre los oprimidos: estuvo entre los ocupantes de la Catedral. Explicaba su significación frente a los desorientados con el inusitado gesto: “Esta actitud ha sido dirigida en contra de métodos, estructuras y procedimientos que han identificado a la Iglesia Católica, ante el pueblo y la masa trabajadora, en acciones comunes y contubernio con el régimen capitalista. Su actitud vacilante y contemporalizadora con los explotadores de los pobres y desposeídos, y su incapacidad real para destruir lo podrido que existe en su seno, la han enmarcado dentro de una línea regresiva y reaccionaria. ¡Los verdaderos profanadores del templo de Dios son todos aquéllos que entran a él con la bolsa bien llena de

escudos y dólares, robados a sus trabajadores y campesinos!"

En 1969, junto al grupo denominado "Iglesia Joven", que protagonizó los hechos del 11 de agosto, auguraba: "El renacimiento cristiano será, ante todo, una aproximación a Cristo, hacia su verdad, libre de toda traba y sin las interpretaciones interesadas y farisaicas que han hecho del cristianismo un enemigo del pueblo."

El saludo del Presidente Allende

Es el Primero de Mayo de 1971.

En la mañana fría de otoño, los trabajadores de la capital celebran por primera vez su día bajo el Gobierno de Salvador Allende.

Don Clotario está animoso.

Recuerda con picardía cuando, en su juventud, los primeros de mayo no eran feriados, y llovían los pedrazos a la policía. Ahora parecen abrirse otros tiempos. De repente lo llaman a la tribuna de honor.

El Presidente de la República destaca en su discurso: "Rindo un homenaje a aquéllos que nunca se apartaron de su deber de estar junto a los trabajadores, en la persona del primer Presidente de la Central Unica, mi estimado amigo Clotario Blest."

Un sombrío presagio

En 1971 don Clotario hizo un descarnado análisis del proceso de la Unidad Popular y de sus perspectivas. "La encrucijada en que nos encontramos es de vida o muerte para el pueblo trabajador. Se trata hoy de una elección de régimen: o seguimos en la esclavitud bajo el yugo de los ricos, o nos liberamos definitivamente. . .

“No podemos ser tan ingenuos como para creer que el imperialismo norteamericano ha de quedarse conforme con las expropiaciones que haremos de todo lo que nos han robado. Las fuerzas reaccionarias criollas y el respaldo externo del imperialismo y aquellos grupos de desclasados y traidores que nunca faltan, se jugarán íntegras en el momento que logren abrir alguna brecha en las Fuerzas Armadas. Esta afirmación no significa hacer ofensa alguna a los cuerpos armados de Chile, sino señalar una realidad histórica. Desconocerlo sería hacer de hipócritas, falsos y demagógicos ante ellos. La historia de martirologio de la clase trabajadora chilena está sembrada de cadáveres ajusticiados por el Ejército.

“Guardar silencio para mí sería lo más cómodo, pero estimo que en estas circunstancias de tanta gravedad y en que se juega la vida de mis hermanos de clase, sería una traición deleznable y vil. Lo lamento, mi clase está por sobre las diferencias dialécticas y metafísicas...”.

Construir el socialismo

En diversas oportunidades, durante los mil días del Gobierno de la Unidad Popular, don Clotario, vinculado por entonces al movimiento de los *pobladores sin casa*, expresó sus convicciones acerca de la construcción del socialismo. En 1971: “Desterremos la falacia y la mentira de que podremos edificar el socialismo auténtico e integral sobre el hombre viejo de alma y espíritu. Vanos serán los esfuerzos y las buenas intenciones de los actuales gobernantes si no contamos con esta premisa fundamental.”

Y en 1973: “El amor es el gran motor del mundo, si el socialismo no es amor, no es socialismo.” “Hablo de un socialismo que respete a la persona humana por sobre todas las cosas... Debe producirse una revolución interna, a través de una nueva educación que prepare al hom-

bre nuevo. Creo que no habrá socialismo sin cristianismo.”

El golpe militar de 1973

Los oscuros presagios de don Clotario finalmente se cumplieron en la primavera sangrienta de 1973.

El país entró en un largo y sombrío callejón de dolor, persecución y falta de respeto a los derechos de la persona. Muertos, detenidos, desaparecidos. . .

Dado el clima de terror impuesto por el Gobierno de las Fuerzas Armadas y el indiscutible prestigio de don Clotario Blest, varias embajadas le ofrecieron asilo.

El viejo, porfiado, digno, no acepta.

Había que dar, como nunca, testimonio aquí en Chile de la justicia de Cristo para los pobres y los perseguidos. “Mi obligación es estar en Chile, pelear aquí. ¡Si me matan, me matan!”, les dice a los diplomáticos.

En la madrugada del 24 de octubre de 1973, un camión con soldados se detuvo frente a su casa. Comenzó un feroz allanamiento.

—“¿Qué se les ofrece?”, preguntó don Clotario.

—“¿Y a ti que te importa, h. . .?”, fue la respuesta.

Los soldados revolvieron todo. Destrozaron muebles utilizando sus bayonetas cuando no conseguían abrir los cajones. Se llevaron más de 500 libros, apuntes, cartas, camisas, zapatos, su máquina de escribir.

Lo encañonaron en el patio, lo obligaron a recoger la basura, a marchar con una bandera de Cuba. . . Lanzaban lejos su *jockey* para que lo recogiera, una y otra vez.

Dos horas duró el allanamiento.

“Bueno, señor, entiendo que usted me va a llevar detenido”, preguntó don Clotario. “No, contestó un oficial. No te vamos a llevar. ¡Estas son las consecuencias de luchar por ideales. Adiós!”

Esa noche don Clotario se convirtió en un anciano.
Humillado, ultrajado.

Los soldados se llevaron hasta el dinero de su pensión, cobrada un día antes, y un libro, escaso, de Gorki, comprado con su primer sueldo en la Tesorería.

El Comité de Defensa de los Derechos Humanos y Sindicales

Para denunciar la represión policial desatada en contra de las movilizaciones obreras y estudiantiles a fines del Gobierno de Eduardo Frei, Clotario Blest junto a un grupo de estudiantes, obreros y profesionales creó en 1970 el Comité de Defensa de los Derechos Humanos en Chile.

Este Comité —decía ese año— “se enfrentará decidida y responsablemente a toda acción represiva de la Policía, Fuerzas Armadas o grupos fascistas que pretendan acallar la voz del pueblo o aplastar sus luchas reivindicativas por alcanzar condiciones de vida dignas a su condición de seres humanos. . .”

En 1976, en medio del terror desatado con el golpe militar, don Clotario hizo de ese comité un espacio de activa lucha a favor de los derechos humanos conculcados. Entendida como una organización laica, no confesional, se llamó Comité de Defensa de los Derechos Humanos y Sindicales, y abogó por métodos y procedimientos pacíficos o no violentos.

La figura de don Clotario, junto a un grupo de estrechos colaboradores, se alzó para denunciar la verdad de Chile, solidarizar con los presos políticos, acoger a los familiares de los desaparecidos o secuestrados, o condenar las políticas laborales de la dictadura. Su vieja casa de Ricardo Santa Cruz 630, a escasas cuadras de la Alameda, se convirtió en un refugio para muchas víctimas de la represión, amparadas por la imagen acrisolada y venerable del anciano líder.

Comentaba entonces, con orgullo: “El Gobierno sabe que aquí en mi casa se reúne todo el mundo. El otro día estaba lleno aquí de mujeres de los familiares de los detenidos-desaparecidos. Ayer vinieron tres agentes de Investigaciones y quisieron meterse para adentro. ¡Los eché, y tuvieron que irse...!”

Don Clotario no descansó un solo día.

Cartas a los obispos, a los ministros, a las Naciones Unidas, a la Organización Internacional del Trabajo... Visitas al Nuncio, a las cárceles, concentraciones relámpago en la Plaza Almagro...

A fines de año, todos los años, la ofensiva de Pascua: ¡Libertad para todos los presos políticos, regreso de los exiliados!

Es el 25 de febrero de 1979. La Agrupación de Familiares de Detenidos-Desaparecidos organiza una romería a Lonquén en homenaje de los campesinos asesinados en 1973. Bajo el sol, abrasador, camina Clotario Blest y desde los hornos de cal, testigos de la masacre, invita a la multitud a rezar un Padrenuestro por las víctimas... 18 de abril de 1979: las mujeres de la Agrupación de Familiares deciden encadenarse a las rejas del Ministerio de Justicia en pleno centro de Santiago. Don Clotario, solícito, permanece en medio de ellas.

Un día los periodistas le preguntaron al Jefe del Gobierno militar qué opinaba de Clotario Blest. “No tengo comentarios”, dijo. Los periodistas insistieron: —“Clotario Blest está apareciendo todos los días en los diarios, fundando comisiones de defensa de los derechos humanos, da charlas por todas partes...”. Al fin, el General Pinochet respondió: “Es un romántico”, dijo, y se quedó muy serio.

Preso y golpeado el Primero de Mayo de 1978

Los trabajadores opuestos a la dictadura se dispusieron en 1978 a celebrar en Santiago el Primero de Mayo en una jornada de oposición al Gobierno.

Había que vencer el miedo.

Manifestarse públicamente.

En las inmediaciones de la Plaza Aguirre Cerda, los Carabineros comienzan a reprimir con bombas y palos a los manifestantes, hombres y mujeres.

Don Clotario, con su blanca barba y su overol azul —un manifestante más, sin fuero alguno— no se aguanta: “¡Cobardes, no sean cobardes, pegarle a una pobre mujer, indefensa, ustedes que están armados!”

Al oír la voz, los Carabineros se abalanzan sobre el viejo de 78 años. Sin reconocerlo, lo tiran al pavimento, lo patean y lo arrastran al furgón policial. Son las 10.30 de la mañana.

Al interior del carro policial lo reconoce un delegado sindical holandés, que ha venido a Chile.

—“¡Don Clotario, dónde vine a encontrarlo! Yo que tenía ganas de conocerlo”.

—“Bueno, en el mejor lugar —le respondió— para que usted vea la realidad de este país.”

Decenas y cientos de detenidos hubo ese día en la capital.

En la Cuarta Comisaría, después de tomar los datos a todos los manifestantes, como a las cuatro de la tarde, deciden dejar en libertad a don Clotario. —“¿Quién va a sacarme todas las patadas y los palos que me dieron?”, exclama, airado.

Carabineros no dejó constancia de la detención ni de los maltratos hechos.

El colmo de la injusticia

Nunca cambió tanto Chile como con la dictadura militar instaurada en 1973: la violencia institucionalizada, la expansión capitalista más importante del siglo, arrasaron con instituciones, hábitos y vidas humanas.

La figura de don Clotario, con su sencillez, su pobreza, su overol raído, sus alpargatas, su barba blanca, fueron los signos palpables de una rebeldía profunda contra una sociedad que acumuló injusticias sin cuento.

Sobre todo, la voz del viejo dirigente dio testimonio de la iniquidad que había caído sobre el país. Muchas veces comentó: "Jamás había visto yo nada igual en Chile. Ibáñez, que me mandó detener catorce veces, era una maravilla en comparación a esto."

A veces se sumía en una honda depresión al descubrir los magros frutos de su más de medio siglo de lucha por la justicia: "Las atrocidades que estamos viviendo me amargan. Me están pudriendo el alma. Tanto sacrificio, tanto esfuerzo, tanta lucha, para caer en esta inmudicia. ¡Qué cosa más dolorosa!"

En una oportunidad llegó a dirigirse a su antiguo adversario, el ex Presidente de la República Jorge Alessandri, para inquirir sobre el paradero de unos detenidos-desaparecidos. Fue el 5 de noviembre de 1978. La respuesta, al fin trágica, sólo dio cuenta de la magnitud de la desgracia que vivió todo el país. Le contestó el ex Mandatario:

"Mi intervención caería en el vacío, porque las solicitudes que usted me formula no encontrarían ninguna acogida por ser incompatibles con el régimen de excepción que estamos viviendo. . . En mi juventud, en la forma más injusta y arbitraria que se pueda imaginar, sufrí en carne propia, dentro y fuera del país en el destierro, los inconvenientes y dolores que lleva aparejada la ruptura del régimen constitucional. . ."

Cuando en 1981 se proclamó el nuevo régimen constitucional —establecido por el Gobierno militar— y se dispuso un *Te Deum* para dar comienzo a la nueva etapa histórica, don Clotario protestó, convencido, ante el Arzobispo de Santiago: “El Comité de Defensa de los Derechos Humanos y Sindicales, en la certidumbre de representar a miles de cristianos, solicita a Monseñor suspender el *Te Deum*, ceremonia esencialmente religiosa. . . El General Augusto Pinochet pretende, en esta forma, respaldar su conducta que en forma directa o indirecta, es responsable de los innumerables crímenes y atropellos a los más elementales derechos humanos, y del dolor y la angustia que viven innumerables compatriotas nuestros’ (. . .), procedimientos y conducta esencialmente opuestos a las enseñanzas de Cristo, de fraternidad, justicia y libertad.”

Partidario de la no violencia

A medida que pasan los años, don Clotario cree cada vez menos en la violencia.

Escandalizado por el odio instaurado en 1973, profundizando el mensaje de Cristo, se fue convirtiendo en un decidido partidario de la no violencia.

“La violencia genera más violencia. Una ametralladora produce cinco más. La violencia va en esa proporción. No se puede aplicar la violencia en ninguna parte, porque esto genera más violencia, odios, irreconciliables. Lo único que trae la paz es la no violencia activa”, declaró en 1981 a un periódico de Concepción.

Al final de su vida admiró a los grandes combatientes no violentos a favor de los oprimidos: Mahatma Gandhi y Martin Luther King, entre los asiáticos y los negros.

Entrevistado por la revista de oposición *Análisis*, en 1978, dijo: “No aceptamos la violencia como sistema de

lucha (...). La experiencia nos ha enseñado que los sistemas de no violencia son mucho más eficaces para ganar las batallas por la libertad, la justicia y la fraternidad. Mahatma Gandhi venció al todopoderoso Imperio Británico de su época exclusivamente aplicando su teoría de la no violencia. Nuestro gran Maestro Cristo venció al Imperio Romano solamente con su gran mandato del amor fraterno."

Recordaba el pasaje de la pasión de Cristo: "Uno de los que estaban con Jesús echó mano a su espada, la sacó e hiriendo al siervo del Sumo Sacerdote, le llevó la oreja. Le dijo entonces Jesús: Vuelve tu espada a su sitio, porque los que empuñan la espada, a espada morirán."

El nuevo rostro de la Iglesia

Con el transcurso de los años, especialmente después del Concilio Vaticano II, y con las trágicas circunstancias de la dictadura militar, la Iglesia Católica en Chile se fue colocando más cerca de los pobres y oprimidos. Se fue cumpliendo el ideal conciliar formulado por sus iniciadores en 1962: "Ante todo debe volar nuestra alma hacia los más humildes, los más pobres, los más débiles e, imitando a Cristo, hemos de compadecernos de las turbas oprimidas por el hambre, por la miseria, por la ignorancia...". En América Latina, tras la Conferencia de Puebla en 1979, la Iglesia Católica hizo una opción preferencial por los pobres.

Don Clotario Blest advirtió y compartió estos cambios.

La vieja Iglesia, aliada de los poderosos, que él tanto fustigó, comenzó a desmoronarse. Como presidente del Comité de Defensa de los Derechos Humanos y Sindicales, envió una carta al Episcopado reunido en la Asamblea Plenaria de diciembre de 1982: "El CODEHS

está profundamente agradecido de aquellas autoridades eclesiásticas que han defendido los sagrados derechos de la clase trabajadora y de todos los perseguidos por el actual régimen, como son los exiliados, los presos políticos, los relegados, los detenidos desaparecidos...”.

Don Clotario reconoció la labor del Cardenal Raúl Silva Henríquez en los años del gobierno militar, especialmente a través de la Vicaría de la Solidaridad. Muchas veces dijo: “El Cardenal Silva Henríquez y sus ayudantes más próximos han sido el único baluarte que han tenido los pobres y los perseguidos por la oligarquía económica que en trastienda es la autora y directora de esta época siniestra”. El 7 de junio de 1982 le envió una nota personal al Cardenal, instándolo a desistir de la renuncia a su cargo ante el Vaticano.

Invitado a participar en el Simposio Internacional *Todo hombre tiene derecho a ser persona*, organizado por la Iglesia y celebrado en la Catedral de Santiago en 1978, don Clotario asistió muy conmovido en su fe. Le pareció un paso bastante audaz de la jerarquía eclesiástica. Comentó: “Del Simposio va a nacer una toma de posiciones de combate y lucha, con la presencia de Cristo ahí en la Eucaristía. ¡Qué cosa más hermosa!”

A fines de 1980 —al enterarse de la posición adoptada por un grupo de obispos católicos de Talca, Linares y Temuco de sancionar con la excomunión a los responsables de las torturas en el país—, les escribió a nombre del CODEHS: “Nuestra organización se permite hacer llegar a los señores Obispos su más fervorosa y emotiva adhesión al decreto que han dictado y promulgado para sus respectivas diócesis. Formulamos fervientes votos para que igual determinación se adopte en el resto de las diócesis del país y muy especialmente en nuestra diócesis de Santiago, que ha sido el centro y la escuela de todas estas horrendas torturas...”

En 1983 el Episcopado aprobó esta medida para todo el país.

La Iglesia Católica, de la que siempre fue fiel —y también rebelde—, iba expresando signos de su identidad más certera con los pobres y los oprimidos.

En cierta manera, la Iglesia ahora se encontraba con don Clotario en su apasionada justicia para con los pobres. No faltaron obispos que reconocieron en el anciano luchador las actitudes inexcusables de un seguidor de Cristo. En 1978 el Obispo de Temuco y Secretario General de la Conferencia Episcopal, Monseñor Bernardino Piñera, contestando a una petición de don Clotario sobre la realización de una Jornada por la Paz, le escribió con una alusión a su detención de ese año: "Quiero manifestarle mi muy sincera, respetuosa y fraternal adhesión con motivo de los vejámenes que usted ha sufrido, que me causaron especial pena por el conocimiento que tengo de usted a través de toda una vida, por la gran estima y admiración que siento hacia su persona y en particular por el recuerdo de la visita que nos hizo en Temuco para darnos una charla sobre el movimiento obrero y en que nos dejó a todos edificados por la sinceridad de su testimonio y por la evangélica austeridad de su vida."

En 1980 le escribió el Obispo de Ancud, Monseñor Ysern: "Estimado don Clotario: Muchas gracias por la carta tan justa y humana en pro de los relegados, que ha tenido la amabilidad de enviarme. Es muy cristiana esa actitud."

Don Clotario siempre pensó que la Iglesia podía dar cada vez mayores pasos en el ideal de identificación con los pobres, para que apareciera ante todo el mundo el rostro amable de Jesucristo. En conversaciones muy íntimas, soñaba: "Yo les rezo todas las noches a todos los que han muerto en la lucha por la clase trabajadora. Qué lindo sería que dijeran en la Iglesia: Hermanos, vamos a rezar por todos los mártires de la clase trabajadora, que han muerto por la justicia. Jamás lo he oído." O bien: "El Papa va a abandonar El Vaticano. El Vati-

cano es un palacio lujoso, contrario a la vida de Cristo. Se va a ir a Nazaret a vivir en una casita cualquiera. . .”

Una vez más, la unidad de los trabajadores: la CUT de 1988

El Gobierno militar de 1973 disolvió y declaró ilegal a la antigua Central Unica de Trabajadores fundada por Clotario Blest. Confiscó sus bienes y persiguió a sus dirigentes, incluso hasta la muerte y el destierro.

Las medidas, injustas y arbitrarias, fueron denunciadas por don Clotario: La dictadura no podía terminar, por decreto, con la organización de los trabajadores. Esta seguía, de hecho, en el exilio, en la resistencia.

Cada 12 de febrero, en los primeros años del Gobierno militar, grupos de trabajadores se reunieron, sin permiso de la autoridad, junto a don Clotario, para celebrar la memoria combativa de la CUT. En 1978 señaló el viejo luchador: “La CUT, a pesar de todos los reveses y derrotas sufridas durante estos 25 años de lucha permanente en contra de una oligarquía soberbia y prepotente, amparada por los gobiernos, sigue viva y palpitante en el corazón de todos los trabajadores de nuestra patria. Esto lo podemos afirmar con absoluta certeza y esto a pesar de la ola de terrorismo que nos invade.” En el Sindicato Sumar de la capital, en 1980, recordó a la CUT junto a Manuel Bustos, actual presidente de la nueva Central Unitaria de Trabajadores de Chile, y alrededor de mil trabajadores.

Con todo, era necesario ir creando una nueva institución que reagrupara el movimiento sindical chileno. Las gestiones hechas por don Clotario alentaron la unidad entre los diversos grupos que brotaron bajo la represión: la Coordinadora Nacional Sindical, los Diez. . .

Finalmente, y quizás demasiado tarde, ya casi al tér-

mino del Gobierno militar, pudo recomponerse el movimiento sindical.

Es el 21 de agosto de 1988.

En Punta de Tralca. Cerca de mil delegados se reúnen para fundar la Central Unitaria de Trabajadores de Chile: la nueva CUT.

De pronto, la asamblea, agitada, polémica, se aquietta.

En medio de grandes aplausos, la figura débil, esmirriada de Clotario Blest avanza por entre la multitud. Un silencio expectante aguarda sus palabras: "Compañeros, amigos. Agradezco profundamente una nota que recibí en días pasados en la cual la Comisión Organizadora me nomina presidente honorario nacional de la Central.

Aportaremos nuestro esfuerzo y experiencia para que esta organización crezca a la brevedad. Necesitamos unidad, sin ella no hay salvación para el país. Soy un viejo de 90 años. Poco puedo hablar, pero los felicito con toda mi alma."

En Punta de Tralca, el mar de invierno relumbraba de azul. . .

El Premio Nobel de la Paz

La fama, el prestigio, hasta la. . . santidad de don Clotario, en los últimos años de su vida adquirieron una resonancia mundial.

La incesante trayectoria de este hombre bueno y justo debía ser reconocida por todos los hombres. Mientras Chile sufría bajo la falta de sus derechos y libertades básicas, en una situación de desgraciada injusticia, llegó la noticia inesperada.

El Gobierno y el Parlamento de Alemania Occidental habían decidido patrocinar la candidatura de Clotario Blest para el Premio Nobel de la Paz de 1980. La noticia

provocó alegría entre los suyos y cercanos, y desdén, y hasta cierta mofa, en los círculos gobiernistas.

—“¿Le interesa ganar ese premio?”, le preguntaron.

—“Sí, respondió. El dinero serviría para dárselo a muchos pobladores que viven una situación caótica.”

Un periodista comentó: “¿Sabe, don Clotario? Es difícil que le den el Premio Nobel de la Paz. Su historia vale más que cien mil dólares. . .”

Nunca se lo dieron.

Parecerse a Cristo

Don Clotario no quiere sino a su Maestro.

Lo ama. Así, sencillamente.

Sin glosas, sin comentarios.

Una vez le preguntan: “¿Por qué usted, habiendo sido un gran dirigente nacional de los trabajadores, vive tan pobre?” Responde: “Yo nací pobre, he vivido pobre y moriré pobre. Esa es mi doctrina y mi gran orgullo. Es la doctrina de Cristo.”

“Cristo me ha sostenido durante toda la vida en defensa de los pobres, de los humildes, de los despreciados. . .

“Toda la vida hay que verla a través de Cristo, hay que enfocar ahí todos los problemas. ¡No hay otra!”, repetía.

En otra ocasión le preguntaron: “¿Cree en Marx?” Respuesta: “No. Marx vivió y murió como un burgués. Yo creo en el testimonio de Cristo. El expresa fielmente el sentir de los humildes.”

Se indigna cuando descubre que no se sigue a Cristo: “No nos estemos engañando entre nosotros. Somos cristianos llenos de fórmulas, nada más. La vida de Cristo, pobre, sufriente, que hacía el bien a todo el mundo, que no perdonó jamás a los hipócritas y los traidores. . .

¿quién de nosotros tiene esas virtudes? Somos formalistas, nada más.”

Pobre, don Clotario, lo da todo.

Hasta su comida, su almuerzo, se lo da a sus gatos, a sus cientos de palomas que revolotean el vecindario a sus pies: “Yo visto así con esta moda de la pobreza, la llamo yo. Ya que no podemos asemejarnos en otra cosa a Cristo, siquiera en eso que es más sencillo, ¿no?”. Una vez les dijo a unos universitarios: “Cuando yo llegué aquí con este overol, un poco sucio, con alpargatas, algunos se rieron. Yo noté que se rieron algunos. Miren, es una felicidad para el hombre parecerse siquiera en una millonésima parte a Cristo sobre la pobreza. ¿Cómo vivía Cristo, botadito en el campo, y a pata pelada, y como El mismo lo dijo: todos tienen donde dormir y el Hijo del Hombre no tiene donde dormir? Botadito en la tierra.”

Ahora, don Clotario, que ha estado 26 veces preso —más que el *Loco Pepe*, el famoso delincuente internacional— y relegado y golpeado, debe morir como Jesús.

Y desea estar con Cristo, nada más.

En octubre de 1989 lo dan de alta en el Hospital del Trabajador, donde había sido llevado por desnutrición extrema, y no tiene donde vivir. Su casa, vetusta, está casi destartalada, insalubre. Al fin es recluido en la enfermería de la Recoleta Franciscana de Santiago, a orillas del Mapocho.

—“Ya hemos sido crucificados, ahora falta la resurrección...”, solía decir a propósito de la dictadura de Chile. Debía cumplirse en él su palabra.

**“Hoy entra don Clotario de overol,
con su mirada limpia, en el reino de los Cielos”**

Sin tener casa donde ir, don Clotario ingresó a la enfermería de la Recoleta Franciscana de Santiago el 13 de noviembre de 1989.

Sus fuerzas flaquean; pesa apenas treinta kilos.

El día 17, al cumplir los noventa años, los religiosos le hacen un regalo: el hábito de San Francisco.

Don Clotario:

“Admiro a San Francisco por la semejanza que tiene con Cristo. San Francisco andaba a patita pelada y vivía en las montañas, metido en un hoyito, en un socavón. Vivió toda la vida así. Esa es la vida de Cristo, la pobreza. Cuando fue al Vaticano se entrevistó con el Papa, y el Papa le encontró mal olor. Fíjese usted —solía comentar don Clotario entre risas—, le encontró mal olor”.

Son los días finales del viejo líder.

Llega el último Primero de Mayo de su vida: Comparte una comida hecha por los franciscanos para los pobres de Recoleta, alternando con la gente pobre del Mapocho...

El domingo 27 de mayo de 1990 visita por postrera vez a los presos políticos de la Cárcel Pública, extremando su cuerpo extenuado.

Cada vez más, presiente su fin.

El día 30 pide papel y lápiz para enviar un mensaje a los trabajadores. “Compañeros...”, comienza a escribir, pero su letra se vuelve ininteligible. “Paz y unidad, paz y unidad”, repetía con palabras entrecortadas.

Piensa en la muerte: “¡Nos vamos a encontrar con cuántas novedades arriba, si es que llegamos! ¡Recabarrén, don Reca! Dedicó su vida al pueblo, seguramente que está en el cielo... ¡Nos vamos a encontrar con sorpresas tan grandes...!”

De pronto, en la madrugada del jueves 31, esboza una sonrisa. Son las 3.45 de la mañana. ¡Clotario Blest ha muerto!

Los funerales de don Clotario fueron imponentes.

Una multitud se agolpó al templo centenario de San Francisco, en la Alameda, para despedir a quien todos consideraban un santo. Un luchador inagotable en el largo camino de la justicia para los pobres, el hombre que

acompañó las luchas populares de Chile, en nombre de Cristo, desde los tiempos de Recabarren hasta Allende.

Pasada la dictadura militar, en el templo, junto al pueblo, estaban las nuevas autoridades políticas de Chile.

"Hoy entra don Clotario de overol, con su mirada limpia, en el reino de los Cielos. . .", dijo, sin contener la emoción, a nombre de la Iglesia, Monseñor Cristian Precht, primer Vicario de la Solidaridad durante la dictadura.

El cortejo cruza el río Mapocho. . . Pasa cerca de la *Casa del Pueblo*, de la Plaza Artesanos, los antiguos escenarios de batalla del hombre que ahora es llevado en andas por sus más queridos.

La tarde recoge sus palabras de siempre:

"Quien ha obrado a través de este miserable hombre como yo, ha sido mi Maestro: Cristo. El ha sido el que me ha sostenido durante toda la vida en defensa de los pobres, de los humildes, de los despreciados. Me ha dado fuerza para estar en la cárcel muchos años. Fuera de toda modestia, yo no valgo nada. Soy tan indigno de todo. No soy yo, es Cristo que opera a través de los elementos más inútiles. Soy un luchador entre muchos otros. Sólo me gustaría que la clase trabajadora supiera que tuvo a su lado a un hermano, dispuesto al sacrificio en todo momento, y que nunca le quitó el cuerpo a las balas, ni a los ataques, ni a la cárcel"

Santiago, Enero de 1991

SERIE HEROES DE NUESTRO TIEMPO, EDITORIAL SALESIANA

1. Mahatma Gandhi
2. Martin Luther King
3. El Abate Pierre
4. Los héroes del río Kwai
5. Pablo Tahashi Nagai
6. Albert Schweitzer
7. Juan XXIII
8. Raúl Follereau
9. Roberto Baden - Powell
10. Teilhard de Chardin
11. Maximiliano Kolbe
12. Alexis Carrel
13. Don Bosco
14. Alberto Hurtado
15. Juan Bautista de la Salle
16. María Mazzarello
17. Lucía, Francisco y Jacinta
18. José Kentenich
19. Sta. M^a Eufrasia Pelletier
20. Camilo Ortúzar Montt
21. Laura Vicuña
22. Domingo Savio
23. Santiago Alberione
24. Paulina von Mallinckrodt
25. Bernardita
26. Arturo Prat
27. Teresa de Calcuta
28. Tomás Moro
29. Juan Pablo II
30. Miguel Rúa
31. Don Orione
32. Marcelino Champagnat
33. Vicente de Paul
34. Edmund Hillary
35. Roger Schutz
36. Gaspar del Búfalo
37. María Josefa Rossello
38. Eugenio Eyraud
39. Paulo VI
40. San Francisco de Asís
41. Dom Helder Camara
42. Edel Quinn
43. San Francisco de Sales
44. Padre Negro
45. Ceferino Namuncurá
46. Mateo Ricci
47. Sto. Domingo de Guzmán
48. Pablo, el primer misionero
49. Konrad Adenauer
50. L. Versiglia y C. Caravario
51. José Fagnano
52. Sor Catalina de María Rodríguez
53. Edith Stein
54. Dorotea Chopitea
55. Sta. Magdalena Sofía Barat
56. Eduardo Frei
57. Federico Ozanam
58. Abdón Cifuentes
59. Juan Bautista Scalabrini
60. Obispo Enrique Alvear
61. Alberto M. De Agostini
62. Adam Schall
63. Augusto Czartoriski
64. Chiara Lubich
65. Sor Teresa de los Andes
66. San Antonio María Claret
67. Rupert Meyer
68. Pedro y Adelaida
69. Gabriela Mistral
70. Fray Andresito
71. Eladio y Margarita
72. Don Felipe Rinaldi
73. San Agustín
74. Henry Dunant
75. Jacques Maritain
76. Cristóbal Colón